
IX.

NOS EL DR. DON RAMON CAMACHO
por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica
Obispo de Querétaro.

A Nuestro Muy Ilustre y Venerable Cabildo, al Venerable Clero Secular
y Regular, y á todos los fieles de la Diócesis: salud y paz en Nuestro Se-
ñor Jesucristo.

*Quam speciosi pedes evangelizantium pacem,
evangelizantium bona! ¡Qué hermosos son los
piés de los que anuncian el evangelio de
paz, de los que anuncian los bienes verda-
deros.*

Epíst. de San Pablo á los Romanos, c. 10
v. 15.

VENERABLES HERMANOS Y AMADOS HIJOS NUESTROS:



ALTABAN casi ocho siglos para el advenimiento de Nues-
tro Señor Jesucristo y para el principio de la era cristiana,
cuando Dios suscitó en medio de su Pueblo escogido al
Gran Profeta Isaías, quien anunciando con toda claridad los
triumfos de la ley nueva, cierra el libro de sus divinas visiones, tra-

zándonos la historia del Apostolado Católico y de la vocacion á la Iglesia de todas las naciones y todos los pueblos. Hé aquí las palabras del Profeta. *Yo levantaré entre ellos un estandarte, y de los que se hubieren convertido, enviaré Apóstoles hácia las naciones que habitan al otro lado de los mares en la Africa, en la Lydia, pueblos armados de flechas; en la Italia y en la Grecia, y las Islas remotas; hácia aquellos que nunca han oído hablar de mí, y que no han visto mi gloria; y los que enviare á esos diversos países anunciarán mi gloria á los gentiles. Y yo escogeré de entre ellos para hacer sacerdotes y levitas, dice el Señor.* ¹

¿No os parece, Venerables hermanos é hijos nuestros, estar oyendo con ocho siglos de anticipacion, las vivificadoras palabras de Nuestro Señor Jesucristo, cuando en el dia de su gloriosa ascension á los cielos, dirigiéndose á los Apóstoles, les dice: ² *Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra: Id, pues, de mi parte, é instruid á todos los pueblos en el camino de la salud, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; y enseñándolos á observar todas las cosas que os he mandado.* En efecto: tan admirable así es la relacion de la profecía con la realidad.

Por lo demás, la idea de la catolicidad de la Iglesia, que entrañan estos Divinos Oráculos, no es en verdad una idea nueva, que por primera vez ellos enuncien, no: ella ha entrado desde el principio en el plan de Dios; y los Santos Padres con todos los teólogos católicos, nos advierten á cada paso, que la verdadera Iglesia es y debe ser católica, así en cuanto al tiempo, como en cuanto á la doctrina, y en cuanto á su extension. En cuanto al tiempo, porque, como dice San Epifanio, ³ *El principio de todas las cosas es la Santa Iglesia Católica;* puesto que habiendo nacido con Adan, primer adorador del Dios verdadero y del Redentor futuro, ella se fortalece en los Patriarcas, se fija en la Sinagoga por medio de Moisés, es anunciada bajo su última forma por Isaías y los demás Profetas, claramente manifestada en Nuestro Señor Jesucristo; y existiendo por lo mismo, ántes que todos los errores y que todas las herejías. En cuanto á la doctrina, porque si bien ni en tiempo de Adan, ni en el de Moisés, ni en el de los Profetas, se creía explí-

¹ Isai. c. 66, v. 19 y 21.

² Math. c. 28, v. 18, 19 y 20.

³ L 1, c. 5, contra las herejías,

citamente cuanto ahora se cree en la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana; con todo, la profesion explícita de cuanto ahora creemos, se contenia implícitamente como el árbol en su gérmen, en el dogma explícito del Mesías, del Redentor, del Reparador futuro, en cuyo nombre y en cuya fé se salvaron todos los justos de las primeras edades y los de la ley escrita. En cuanto á su extension; porque como dice el Apóstol San Pablo ¹ *En Jesucristo no hay bárbaro, ni escita, ni esclavo, ni libre,* sino que todas las naciones y los pueblos todos de la tierra son llamados en él al conocimiento de la verdad y al gremio de su Iglesia, cuyo apostolado, en virtud de su mision divina, es el único fecundo en verdaderas y durables conquistas, á despecho del de todas las sectas heréticas, como lo acreditan los vanos esfuerzos de éstas en los siglos pasados y sus inútiles tentativas, de los tiempos presentes.

La Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, heredera de aquellas divinas promesas, y por lo mismo, llamada desde luego á ejecutar el mandato del Salvador en el dia de su ascension á los cielos, no ha cesado de cumplir con tan divina mision, desde el dia en que fortalecido el Apóstol San Pedro con los dones visibles del Espíritu Santo, que le fueron comunicados bajo la forma de lenguas de fuego, lo mismo que á los demás Apóstoles, *este pescador de hombres* tiró por primera vez sus redes en Jerusalem, recogióndolas henchidas con la milagrosa pesca de tres mil fieles, que en aquella vez entraron al gremio de la Iglesia, hasta los dias presentes, en que las redes de su heredero Pío IX, vuelven todavía de las cinco partes del mundo, cargadas con la pesca espiritual de tantas almas como diariamente vienen de la infidelidad á la fé, y de los desolados campos de la herejía á la profesion del verdadero cristianismo, por medio de las Misiones católicas establecidas ya, y por las que todos los años se establecen de nuevo, en las naciones y tribus idólatras del Asia, del Africa, de la América y de las Islas más remotas de la Oceanía; así como en los países del antiguo y del nuevo mundo, contaminados por las sectas heréticas antiguas y modernas.

Bien sabeis, Venerables hermanos é hijos nuestros, que esta mision de evangelizar á los infieles, fué, en los primeros siglos de la Iglesia fielmente desempeñada por todos sus Obispos y Sacerdotes; y que por

¹ Ad. Colos. c. 3, v. 11.

su ministerio entraron al gremio de ella todas las naciones cultas del antiguo mundo, así como la mayor parte de los pueblos, que bárbaros entónces, hoy son los mas cultos y civilizados de la tierra.

Mas tarde, cuando ya cristianas las naciones de Europa, los Obispos y Sacerdotes de cada país, tuvieron que dedicarse enteramente á la conservacion de la fé en sus respectivos pueblos, y á cultivar las innumerables Iglesias ya formadas; nacieron las Comunidades é Institutos Religiosos, que uniendo la vida activa á la contemplativa, fueron para la Iglesia otros tantos seminarios de celosísimos Misioneros, que abrasados del fuego de la caridad, traspasaron los límites de la Europa, y fueron á llevar la antorcha del Evangelio á las naciones del Asia y del Africa, cuyas Iglesias, antes florecientes, yacian postradas por la herejía y por el cisma; y aun á otros muchos pueblos *sentados todavía en las tinieblas y en las sombras de la muerte* de la idolatría.

Descubierto el nuevo mundo, y abiertas para la fé las vastas regiones, Islas y continentes de estos países; aquellas sagradas milicias, reforzadas aún por la mas ilustre entre todas, la Compañía de Jesus, volaron en alas de la caridad; y no hubo mar, ni tierra firme, ni caudalosos ríos, ni espesas selvas, ni escabrosas cordilleras, ni elevadísimas cumbres, ni profundos y mortíferos bajíos, ni pavorosos abismos, que no fuesen recorridos en todas direcciones por mas de tres siglos, por estos Angeles de paz y celestiales mensajeros, en busca del infiel y del salvaje, para hacer de él un hombre cristiano y civilizado, convirtiendo sus groseros y feroces instintos de bruto en las mas delicadas, sublimes y heróicas virtudes del cristianismo.

No ignorais tampoco, Venerables hermanos é hijos nuestros; que al mismo tiempo que en estos países se obraban tales prodigios, de muchos de los que, nuestros padres fueron testigos; el Japon y la India, evangelizados por San Francisco Javier, y mas tarde la China, el Tonquin, la Cochinchina, la Coréa y la Birmania, el Thibet y la Tartaria; y posteriormente la Africa en sus abrasadas regiones de la Guinéa, de Sierra Leona, del Congo y otras muchas; y luego la Oceanía en la Nueva Holanda, y en la Nueva Zelanda, en el Archipiélago de Gambier, en las Islas de Sandwich, y en otras innumerables, han sido y son todavía otros tantos teatros de la heróica caridad y de la sublime abnegacion de esos Apóstoles, que abandonando patria, amigos, comodidades y bienestar mundano, se condenan de por vida á los infinitos pe-

gros de navegaciones remotas y de caminos intransitables, á las penalidades de una habitacion miserable é insalubre, y de una alimentacion salvaje; á los rigores de los climas mas mortíferos, y á una existencia toda de trabajos, de privaciones y miserias.

Hé aquí, Venerables hermanos é hijos nuestros, la recompensa temporal que ha obtenido siempre, en la verdadera Iglesia de Jesucristo, esa falanje, que jamás ha faltado en ella, de varones apostólicos; muchos de los que, despues de una vida entera de la mas sublime abnegacion, han tenido que perderla en todos los siglos, casi en todos los años y en todos los países, por medio del martirio. Ellos han dejado un rastro de sangre que jamás se ha interrumpido desde el martirio de los primeros Apóstoles de N. S. Jesucristo, hasta el de los Misioneros inmolados en estos últimos años en el Tonquin y en la China.

¿Qué corazon católico puede ser indiferente al sublime espectáculo de ese Apostolado de la verdadera Iglesia, que nos presenta la historia padeciendo siempre, sacrificándose siempre, muriendo siempre en millares de sus miembros por medio del martirio, y triunfando siempre al precio de sus fatigas, de sus sudores y de su sangre? Verdaderamente, Venerables hermanos é hijos nuestros, esta es una gloria exclusiva de nuestra Santa Religion; y preciso es que el hombre descreido, aúne la insensatez con la impiedad, para no ver en ella una prueba de la divinidad del catolicismo.

Pero si este prodigio, siempre subsistente en la verdadera Iglesia; si esta obra grande y regeneradora, para la que Dios cuida constantemente de que nunca falten vocaciones especiales, honra y exalta tanto á nuestra Religion; ella es al mismo tiempo un medio de reparar con usura por las nuevas conquistas, las pérdidas que la Iglesia experimenta cada dia, á causa del enfriamiento de la fé y de los esfuerzos de la impiedad. Siendo esto así, Venerables hermanos é hijos nuestros, como nos lo prueba la experiencia en todos los siglos, y siendo por otra parte cierto, que la fé es un don que puede perderse por culpa del que lo ha recibido; decidme, ¿podrá haber cosa mas meritoria, para alcanzar de Dios la gracia de perseverar en la fé, que nuestra cooperacion á las obras del Apostolado, encaminadas á alumbrar con aquella luz las inteligencias extraviadas, ó á llevar al infiel la buena nueva del Evangelio, para que conozca á Jesucristo, y conociéndolo, se sujete al yugo de su ley?